

JUAN GARCÍA LARRONDO

ANTÍFONA A SANTA RITA DEL COLON IRASCIBLE



Ante el público, tras su vitrina “horror vacui” de pan de oro, puede admirarse la ojival capilla de una iglesia ocupada por una imagen procesional de Santa Rita de Casia. A la iconografía no le falta detalle: está tocada de monja religiosa, con su manto, su rosa y sus rosarios en las manos, la corona de espinas en sus plantas, sus potencias doradas tras la nuca, cual peineta, y su estigma perfectamente redondo en la frente. A sus pies, candelabros, un pequeño altar lleno de flores desperdigadas y varias peticiones de papel plegado dejadas por los devotos. En primer término, velas encendidas y otras ya casi apagadas.

Una beata que, a la postre, es empleada de la iglesia, reza a la imagen en silencio de espaldas a la bancada de la parroquia, catedral o teatro donde se represente este auto sacramental, algo reivindicativo y moderadamente irreverente.

Alguien la llama a gritos desde lejos.

VOZ

¡Venga, Clemencia, que el sacristán está cerrando y nos deja aquí dentro hasta mañana! ¡Déjate ya de rezos y date prisa, mujer! ¡Clemen! ¿Me estás escuchando?

La piadosa lanza una nota plegada al interior de la capilla, se santigua y, con impía celeridad, apaga las pocas velas que quedan encendidas. En la penumbra, oímos su marcha apresurada y los chirridos lejanos de una puerta que se cierra. Silencio eclesiástico.

Pasados unos instantes, la figura de la Santa cobra vida y, como un milagro, enciende con su soplo divino las velas y los candelabros. Casi al mismo tiempo, la vemos bajarse la ropa interior tras los hábitos, impaciente, (sin mostrar sus íntimos candeleros, naturalmente) y aposentarse sobre un retrete que debía existir bajo su manto...

RITA

¡Madre mía de mi alma, mi corazón y mis entrañas! ¡Un minuto más y me lo hago todo encima! (*Evacua, entre retortijones y gemidos*) ¡Dios! ¡Qué día más largo! ¡Por un momento creí que iba a estallarme la barriga! (*Resopla, con incipiente alivio. Entorna los ojos, enciende el puntero láser de su estigma, alumbra al boquiabierto respetable y descubre que hay espectadores mirándola*) ¡Huy! ¿Qué hacen ahí? ¿Se puede saber qué miran? ¿Acaso ustedes no cagan? (*Con toda naturalidad, usa la rosa de su mano, que en realidad es un aerosol, para rociar su entorno de perfume*) ¡Pues lo siento mucho! Como comprenderán, después de llevar aquí todo el día sin moverme y recibiendo decenas de visitas, necesito hacer de vientre... ¡Y más con el colon como lo tengo! (*Suspira. Se relaja. Le da lo mismo que la miren*) Esto de la historia de la “toalét”, como dirían los franceses, ha evolucionado mucho y ahora a la gente le da vergüenza hacer sus necesidades en público pero, en mis tiempos, no había ni cisternas ni bidés ni otros lujos similares y lo hacíamos donde primero nos pillaba, como los animales. A lo sumo, si te daba tiempo, en una letrina colectiva y con un cubil de agua. Y allí nos sentábamos juntas todas las monjas a dar de cuerpo, mientras cotorreábamos de la madre superiora o de lo que por aquel entonces se cocía en la Italia del Cinquecento... Para ser sincera, desde aquella época yo ya padecía de estos apretones, pero no pasaban de ser simples cagaleras renacentistas o la típica “Peste Negra” que de vez en cuando te contagiaban...

Se santigua. Sin levantarse del retrete, recoge algunas de las notas y las despliega para leerlas, como si fuese una tarea habitual en ella. Incluso se saca del mandil unas lentes y se las coloca. Sigue apretando de vez en cuando, claro.

Ahora, con el estrés y con el paso de los siglos, las colitis se me han hecho crónicas y una época hasta tuve que usar pañales. Pero, gracias a Dios y al cepillo de las limosnas, por fin he conseguido que me instalen un sanitario seco y ecológico justo debajo del miriñaque, para que ni siquiera tenga que moverme. Aunque no saben lo que yo daría por poder escaquearme y estirar las piernas; que estoy hasta la aureola de estar aquí metida eternamente oyendo penas... ¡Ni se imaginan la de cosas que me piden! ¡Hasta smartphones! (*Observa las notas*) ¡Claro! Como se supone que soy patrona de los casos imposibles, a veces me suplican auténticas barbaridades... Que el Madrid gane la liga, o que no la gane, que el jefe se les muera de un cólico miserere, que les abduzcan los extraterrestres... ¡Todo lo que se les ocurre! (*Leyendo*) Pero lo habitual es que me pidan cosas más normalitas: que interceda por alguien que se está muriendo o que sufre alguna enfermedad de las

chungas, que les eche una manita para encontrar trabajo o para que les toque un cupón de la lotería... En fin: lo que son las ansias lógicas y necesarias de toda la vida y que yo también para mí querría. (*Resopla, cariacontecida*) Después de todo, el que viene a rezar aquí suele ser por algo triste, claro. Y eso a mí también me afecta, naturalmente, y lo acabo somatizando todo en el estómago por que, por lo visto, lo tengo muy sensible y es mi punto débil. Por eso tengo los intestinos, no ya solo irritados, sino irascibles. ¡No se rían porque a mí no me hace gracia! Que, entre una cosa y otra, acabo el día impregnada de toda la pena y la iracundia de este mundo y, al final, me estoy volviendo agnóstica y fecalmente incontinente. Y, eso, para el puesto que ocupo, es un problema. Y muy injusto. Pero, bueno, como me ponga a hablarles de las injusticias que aquí escucho a diario, es que no acabamos... ¡Imagínense! ¡Si hasta yo misma tengo que trabajar cagando, la de mierda que debe haber ya en este mundo amontonada!

Reniega, dolida. Saca una mesita de diseño paleocristiano, con tampones, sellos de caucho, tinteros y demás artilugios propios de oficinista y se pone a sellar las peticiones para archivarlas en carpetas que hay a sus espaldas. Todo sin levantarse todavía de la taza.

¡En fin! ¡Voy a ponerme a darle entrada a estas solicitudes y plegarias! (*Lo hace*) Miren, por ejemplo: Este señor pide un milagro para que no le desahucien, así que reenvío su escrito para el departamento de “Infraestructuras y Decepciones Inmobiliarias”. Esta nota es de una “okupa” que exige que le den gratis la luz y el agua, pues nada, la remito a “Servicios Sociales Utópicos”. Este otro ruega -¡qué listo el colega!- que no se le echen a perder las marihuanas, así que lo mando para “Medio Ambiente y Jardines Celestiales”. Y esta pobre... ¡Ay, qué pena! Esta pobre quiere que Dios se le aparezca. (*Niega, dándolo por imposible*) Yo se lo tramito, porque para eso está aquí servidora y porque para eso soy una simple marioneta del sistema, pero hace milenios que el Señor no se le aparece a nadie... (*Triste*) ¡Y eso sí que es una lástima! Porque, ya que es Dios y presume de estar en todas partes a la misma hora, digo yo que debería dar la cara o, por lo menos, el triángulo con el ojo dentro, da lo mismo. ¡La de esperanzas y anhelos que registro al cabo del día, Virgen Santa! A veces me entran ganas de salirme de la vitrina, desencajarme de la alcayata que me sostiene y decirles a todos que, muchos de los deseos que me piden, jamás van a cumplirse. Pero no porque sean demasiado imposibles o disparatados, sino porque los santos de la Ecúmene ya no damos abasto y, sobre todo, por que las altas instancias divinas son inoperantes por definición propia. (*Sigue sellando*) A ver, ministerios de lo todopoderoso hay unos cuantos pero, ¿saben cuántas “Santas Ritas” estamos recogiendo solicitudes a diario y a cuántas damos entrada en todo el planeta? ¡Millones! ¡Miles de millones! ¡Si en el cielo ya no caben más expedientes y los propios miembros de la Curia están en lista de espera para una simple licencia de apertura! ¡Miren! ¡Miren cómo tengo de colapsada la capilla! Y la tripa ya, ni

les cuento. Ahí sí que tengo yo un atasco de un par de narices... Al principio creí que era una tenia, o un alien o, incluso, gases de pasarme tantas horas aquí quieta. Pero ya me han hecho la colonoscopia y tengo los intestinos hechos una mierda. ¡Literalmente! *(Se encoge de hombros, impotente)* Lo que les he dicho: una verdadera lástima.

Y aquí sigo, impertérrita, aguantando mis diarreas todo el santo día paralizada, con mis ojos de vidrio y mis manos abiertas, oyendo continuamente los afanes, las jaculatorias y los ruegos de cuantos acuden a visitarme. Ese es mi trabajo. Bueno, a veces, para agradecerme que algunas peticiones han salido como esperaban, me traen flores, ya ven. ¡Cómo si yo tuviera algún mérito! A mí me gustan las flores, por supuesto, pero no vean cómo hieden cuando se ponen mustias y a la limpiadora -a la que han visto antes apagando las velas- se le olvida pasar por aquí la fregona. Por que, claro, ella es una de la que más papeles tira a la capilla y es la primera que no los barre por si acaso no se cumple lo que pide. A ver, ella es así de supersticiosa. *(Se queda callada, mirándoles)* ¿Cómo? ¡Huy, qué va! Yo no puedo decirles lo que ella pide ni nada de lo que pide nadie por la ley de protección de datos, así que no pongan esa cara. Lo siento, pero lo tengo súper prohibido, en serio. Y, la verdad, es una tontería porque, al final, la señora siempre suele pedir lo mismo: que el niño que lleva ya no sé cuántos años repitiendo apruebe por fin el curso, que la hagan fija para poder jubilarse por la fibromialgia, que deje de coger kilos porque se está poniendo como una boya, que el marido pare ya de emborracharse, que la hija se aburra del novio que tiene porque es un delincuente y encuentre un muchacho como Dios manda, que se le quiten las hemorroides y, en fin... Todas esas cosas que pertenecen a la intimidad de las personas y que, como comprenderán, yo ni quiero ni puedo rebelarles. ¡Que no! ¡Que no insistan! Aparte de que porque está feo y porque yo no soy cotilla, también porque no se hacen una idea de cómo están de pejígueras con ese tema y cómo la tratan aquí también a una... Porque, claro... Si yo tengo alguna queja, ¿a quien le pido ayuda? Que los santos no tenemos bulas, ni sindicatos, ni derechos laborales...

Harta, se deshace de la mesa y, asegurándose que nadie ajeno al teatro pueda verla, se aprieta el estigma de la frente, como si fuese un grano y, no sin dolor, se saca del orificio un cigarrillo liado que ella misma enciende, con toda naturalidad, usando una de las velas...

Esto es de un parroquiano que me pide a menudo que le ayude a salir del abismo de las drogas y, en plan exvoto, en lugar de claveles, me echa cigarritos de la risa. Yo se lo agradezco muchísimo, la verdad. Y, si pudiera, le diría que de las drogas, en realidad, nunca se sale. Y, si se sale, es para cambiar una por otra. ¡Hasta ansiolíticos me echan en la vitrina! Pero eso se los queda la limpiadora, la muy ladina, que también está la mujer de los nervios

porque... (*Baja la voz, crítica*) Por lo visto, el marido tuvo un rollo con su propia hermana no hace mucho y, en fin, como la pobre es muy sufrida, no se lo ha dicho nunca a nadie y yo tampoco voy a pregonararlo a los cuatro vientos si ella no quiere, ¿no? (*De nuevo muy digna*) ¡Que no, de verdad! ¡Que no me gusta hablar de nadie y yo, para esas cosas, soy súper discreta! (*Fuma y, expulsa el humo, tratando de relajarse*) ¡Dónde se ponga esto que se quiten todos los inciensos! (*Solidaria*) ¡En el fondo entiendo perfectamente que la gente se drogue o se haga alcohólica! ¡Yo comprendo los adulterios, los asesinatos, las envidias y todos los pecados que puedan llegar a imaginarse! Servidora no se espanta ya de nada. Aquí acude gente con todo tipo de problemas y, a veces, me da coraje no poder decirles que, justo, acaban de cruzarse con alguien que podría ayudarles a hacer realidad lo que me piden. ¡Por eso les decía antes lo de inoperantes! ¡Con tanta protección de datos es que no hay manera! Ayer mismo, por ejemplo, vino una señora, viuda, con tres hijos, sin trabajo, con una pensión no contributiva y con una angustia, la pobre, porque traía las encías destrozadas y no tenía dinero para arreglarse la boca. Bueno, pues, al ratito –no había pasado ni un minuto– apareció un hombre, ya mayor, con su buena paga, que me pedía que intercediera por él para encontrar a una mujer que le diera compañía. ¡Y resulta que el hombre era dentista! ¡Por el amor de Dios! Si hubiese podido desincrustarme del palo que tengo aquí dentro y bajarme de la capilla, les habría puesto a los dos de acuerdo y, ¿quién sabe?, igual acababan hasta gustándose, ¿no? Y si la cosa cuajaba, pues lo mismo él le hubiese colocado una dentadura nueva a la señora y ella, agradecida, se la quitaría de vez en cuando, tan gustosa, para hacerle al hombre feliz de otra manera, ustedes ya me entienden... Y no harían falta ni milagros, ni expedientes, ni velas, ni tanta pena escocida en los corazones... Si esto, al final, es como una tómbola en la que el azar le hace a Dios el trabajo sucio. De verdad. Lo sé por experiencia. Por que yo, allá por el siglo XV, pues también me quedé viuda y... bueno, quiero decir que, al final, acabé haciéndome Agustiniana. Se lo digo en serio: En la mayoría de las ocasiones, son los propios seres humanos quienes se hacen las vidas imposibles los unos a los otros y quienes tienen en sus manos el verdadero poder de los milagros... ¿Yo qué más quisiera que ayudar a todo el mundo? Pero, claro, como no puedo abrir boca...

Se mete el cigarro encendido de nuevo en el estigma, con los ojos en blanco, estremecida. Luego se perfuma la boca con un chorro del ambientador de su rosa.

Lo mío, de todas formas, es vocacional. Por lo menos, al principio creo que lo era. Claro que, entonces, aún no sabía lo del colon y las enteritis eran episódicas. No saben lo que me costó entrar en plantilla porque, claro, yo no me metí a monja siendo virgen. Aunque me vean aquí llena de polvo y telarañas, siempre fui muy moderna para mi época. Yo entré en esto primero de voluntaria: porque me iba la marcha de la oración y la penitencia, ¿para qué

iba a mentirles? (*Dolida, rencorosa*) ¡La de horas extras y favores que hecho a esta dichosa empresa y, luego, para que ni te den las gracias ni te asciendan a las alturas celestiales! Figúrense si he estado poco valorada que, hasta tuve que esperar a estar muerta para que me hicieran santa. Y eso sí que lo llevo yo aquí atravesado en el vientre, como la espina que me clavó en la frente Jesucristo un día que, de guasa, estaba jugueteando con la corona, se le fue de las manos y me dio con ella en todo el entrecejo... Decían que no cumplía con los requisitos y que, como no era virgen, pues que no podían reconocerme ni la antigüedad, ni los trienios, y que me esperara a que se quedara alguna plaza vacante. ¡Pero, nada! Ascendieron a las santurronas favoritas del jefe y, a mí, porque no fallecí en olor de santidad ni le hice la pelota, ni siquiera querían beatificarme. A ver: todo el día aquí metida, en esta cámara estanca, escuchando nada más que penalidades y con la barriga descompuesta de tanta angustia reconcentrada, ¿a qué querían que oliera? ¿A algodón dulce? (*Impotente*) Y, luego, como la gente de fuera es muy envidiosa y se creen que todas somos iguales, enseguida te ponen de corrupta y de que estoy donde estoy por enchufe. ¡Como si esto fuera el sueño de mi vida! Pues que sepan que, primero, me hicieron interina y que, luego, por concurso oposición de méritos, saqué mi plaza de funcionaria como abogada de las causas imposibles. ¡Y sin intercesión divina! Y, con todo, seguro que algunos de ustedes dirán, “¡Menudo chollo!”... “¡Funcionaria!”... Pues, nada más lejos, porque, tal y como se ha ido poniendo la cosa en estos últimos tiempos, al final, los santos fijos somos los más explotados del cielo. Miren, si no, la jornada que tengo. Si estoy peor que una esclava. Que yo, el único rato que paro en todo el día, es cuando cierran el templo y me siento en el excusado a hacer mis cosas. Vamos, que de “chollo”, nada. Que los habrá peores, por supuesto. ¿A quién van a contárselo? Pero a mí, las desgracias ajenas ni me consuelan ni tampoco soy tan masoquista como se imaginan. Que me han quitado días moscosos, me han quitado pagas y, encima, no te quejes porque te dicen que eres una privilegiada. Me consta que hay gente muy atea y muy roja fundamentalista que se alegraría de que me despidieran. ¡Yo qué más quisiera! ¡Lo que daría por dejar de ser incorrupta y jubilarme después de cientos de años cotizando! Pero, con estos gobiernos neocatecumenales, se me antoja una empresa hartito imposible... Vamos, que me veo aquí comidita entera por la polilla y ejerciendo por los siglos de los siglos de funcionaria perpetua...

En fin, mejor vamos a ir recogiendo que, con la charla, me crispo, me duele la barriga y la santidad se me acaba yendo al cielo...

La luz del día empieza a filtrarse por una lejana vidriera. La Santa suspira, aprieta una vez más, da su deposición por concluida y rebusca algo entre sus bolsillos. Saca un rollo de papel higiénico justo a punto de agotarse... Lo mira, espantada...

¡Mierda! *(Desesperada, se pone a buscar algo con que limpiarse. En su afán, levanta un fajo de las peticiones y repara en ellas, sopesando la posibilidad de utilizarlas para su íntima higiene. Luego mira al público, recriminándoles)* ¿Ven cómo tengo razón en lo que digo? ¿Ven cómo todo el mundo piensa mal de los funcionarios? ¿En serio creen que yo podría hacer algo tan retorcido? *(Sonríe)* ¡Por favor! ¡Si ya hace años que tengo un bidé turco instalado en la recámara! Lo pedí a la Mutua Médica del Santo Oficio y ellos, después de años, me lo colocaron por mis frecuentes gastroenteritis agudas, pero no por mi bienestar, sino para que no tuviera que ausentarme nunca por baja y para jamás concederme la invalidez absoluta. *(Trónica)* ¡Son encantadores! Estos médicos de empresa siempre mirando por los intereses de los trabajadores, ¿verdad?

Le da a un botón o palanca que está dentro de la capilla y oímos el refrescante rumor de un chorro de agua que fluye del interior de su manto. La Santa se encoge y sonríe al sentir el líquido contra sus partes.

¡Huy, qué fría! *(Risueña)* ¡Pero, al menos, me alivia el recto y me lo engrasa para luego poder encajar de nuevo en la peana! No entiendo cómo en occidente no hacen un mayor uso de este magnífico invento... En muchos países del sudeste asiático creo que lo utilizan muchísimo... ¡Ay, Señor! ¡Si pudiera, me pedía una permuta a cualquier destino del oriente más exótico! Pero, ¿a quién se la pido? ¿A San Judas Tadeo? ¿A los Reyes Magos?

Ruidos de limpiado y de aire que seca, como si fuese una máquina lavacoche. El zagalajo de Rita se infla como un globo. La Santa, sonriente, se lo recoloca, se levanta, se arremanga los refajos y cierra la tapa del inodoro.

Lo recoge todo, vaporiza el nicho y, visiblemente contenta, vuelve a colocarse en la posición del principio.

Amanece. Ya pronto empezarán a llegar de nuevo los devotos con sus peticiones, con sus lágrimas, con sus flores de agradecimiento y con sus velitas. En el fondo me gusta ayudarles. Delante de ellos no tengo que hacer nada. Les escucho, les dejo que se explayen, les sirvo de terapia y luego se van, encima, dándome las gracias. Soy como un espejo, una cornucopia que nunca canta “bingo” y que está abierta doce horas diarias, para lo que se tercie, como un cajero automático. Pero cada vela que me encienden y se consume o cada deseo que me piden y no se cumple luego, es un mordisco que me dan en la barriga. Una patada que conlleva tasas: depende del tamaño del cirio que compren en la entrada para ponerme aquí delante o de las monedas que dejen en el cepillo. Hay algunos que se traen las velas de sus casas, de esas amarillas de citronela para los mosquitos. Confieso que me atufan, la verdad, pero, como esto está lleno de bichos, de moscones y de abejas blancas, de vez en cuando me hacen las veces de insecticida. Claro, así tengo el estómago:

inflamado de ira y de plegarias altamente tóxicas. ¿A quién le importa lo que le pase a una estatua? ¿Quién va a defenderla si, precisamente, estamos aquí clavadas para entretener a las masas y evitar que molesten a las altas jerarquías? A nadie le interesa si tengo carcoma, si mi flora intestinal está marchita o si me duele el alma de atender tanta petición desesperada. Soy una servidora pública y se supone que carezco de emociones. Yo solo tramito lástimas. Muda y convertida nuevamente en una ventanilla de reclamaciones, les asisto cada jornada con la misma sonrisa de siempre, silenciando mis propios retortijones sin emitir la más mínima queja, sin respirar siquiera... (Azorada) Bueno, algún pedillo sí que se me escapa, a veces, por lo del colon, pero, con las flores, nadie se da cuenta. ¡Si yo soy muy discreta! Para ello soy Santa Rita. La que todo lo da y a la que todos le quitan.

¡Que abran las puertas del cielo y comience otro día más de gloria!

Rita tira de la cadena de una cisterna y percibimos la caída del agua que desciende a las cloacas. Las velas se apagan por una ráfaga de viento prodigiosa. Desde la vidriera, la luz del sol se proyecta con divina refulgencia sobre la Santa. A lo lejos oímos los ruidos de una puerta que se abre y de un enjambre humano que se acerca.

*Villa Salvadora, El Puerto.
Noviembre 2014*